

seda y ensambles con instrumentación europea y otra, el arpa y la jarana al estilo de don Eutimio, *El Ciego*.

### ***El rescate de los sonecitos y el jarabe***

En 1849 el músico vienés Henry Herz, durante su breve estancia en nuestro país revaloró los *sonecitos* que habían sobrevivido a las prohibiciones virreinales de los siglos anteriores y que eran ya baile obligado en fandangos, fiestas patronales y especialmente en fogones y pulquerías, donde el chinguirito, el catalán, el “refino” y otras bebidas espirituosas y la comida mexicana estaban a la orden del día. Las litografías y pinturas decimonónicas nos muestran el fervor popular hacia estos sones: los rostros, las actitudes, los instrumentos acompañantes; chinacos, charros y chinas poblanas, soldados, escribanos, frailes y todo tipo de personajes de los suburbios, meciendo sus cuerpos sudorosos y cantando:

Yo tenía mi periquito  
que me lo dio una poblana  
y como era tan bonito  
se lo regalé a mi dama.

Después, entre 1919 y 1930, con la presencia en México de la bailarina rusa Ana Pavlova, quien estereotipó (quizás con estética y belleza) al jarabe bailándolo clásico y de puntitas, y también con la presentación de las hermanas Pérez Caro, tiples del teatro de revista mexicano quienes, por cierto, enseñaron a la primera bailarina, y con el asentamiento de la Revolución mexicana, alrededor de 1925, el jarabe nacional se convirtió en manifestación folclórico-oficialista; hay que tomar en cuenta que muy pocos géneros musicales o bailables de carácter popular suelen no prolongarse más allá de los 100 años de vida.